

Ricardo Zelarrayán

Cuero

Salvar el cuero, la escapada flor,
Hortigas gloriosas escarbando la sangre,
Vomitazos alegres, sueltos entre el traqueteo
del tren de carga,
Somos secuaces de la ropa lavada a medias.
Trapitos que se enroscan viboreados
en las ramas secas, ariscas,
Y ya se viene el baldazo carnavalero.
Adiós al tren, la ropa fresca.
El último vagón se aleja cabeceando.
Ronca ceniza del pucho recién volteado.
Y vuelta a empezar, a la criolla como siempre.
La siesta de Mandinga,
la damajuana, la damapepa.
EL hilo que resiste la velocidad,
la persecución y el encuentro.
La eterna gata parida entre el monte y el cañaverál,
Cosas del gavilán y la paloma,
En fin.

Materia prima melancólica

A tu cuerpo se lo llevan a pulso las palabras que se dicen para no hablar,

Carretilla sin rueda, tu baúl de cartón colorado se derrumba entre las vías muertas,

Y todo huele a pluma quemada.

Pasan dos peones forcejeando en una zorra, y ya se alejan hipando:

— ¡No te echés p'atrás, brasa en el culo!

— Y vos no me sigas dando sogá, che...

Era nomás la vecinita aquella, la que esperaba el ómnibus en el descampado, bajo la sombra rala del paraíso aquel.

Última chance; las palabras resbalan como agujeros de cinturón.

Hay que llevarse el cuerpo que amenaza siempre con la última palabra,

La palabra filosa contra los palabrereros de ley que acabarán por apalabramos.

Metido en bolsa de arpillera se sienten las patadas de los materos de amargos. Después, el gusto del sisal con que te cosen la boca, las orejas, los ojos y el culo, naturalmente.

El tordillo desensillado masca sus brotes agrios. Hay mosca sobre la bosta dulce y fresca. La roldana canta y canta mientras el balde sube y baja. Agüita de las palabras.

Es sábado. Los obreros de vialidad ya se fueron de farra. El viento silba entre las chapas de la casilla solitaria junto a la ruta. Poco más allá, rosa de fuego en la penumbra, un camión arde ahí nomás, haciendo señas.

Sombra quieta

Una plancha se detuvo junto a un árbol y del suelo
brotó una lluvia de transistores.
Nosotros también nos detenemos, y a veces un poco
deslumbrados
nos vamos por ahí... tambaleantes.
Pero la cosa recomienza, y siempre volvemos
a ser lo que éramos.
El mobiliario se completa.
Lo que no quiere decir que la silla vuelva
a llevarse bien con
la mesa.
Habrá que ver lo que es seguir... Pero que siga, que siga...
sin detenerse.
Y cuando comienza uno a abanicarse a grandes rasgos,
sin sentarse en una silla,
el suelo comienza a anegarse
y se termina por encontrar una rueda de esas
en un rincón,
completamente knockout.
Momentos después la rueda recomienza
y hay viento por ahí.
Un viento que acomoda las últimas migajas
{¿por qué habrá siempre últimas, me preguntaba los
días pasados
que siempre hay?}
La quiebra del pavimento
la quiebra de los talones,
la quiebra de las agujas y de los pelos,
de las grúas y de los bancos de plaza,
tiene que ver con los paraguas que flotan a la deriva
o con los humos que brotan interminablemente de las
orejas gastadas.
Una oreja sepulta caballos.
Los cabellos sepultan a caballos
Los caballos insepultos son todos orejeros,
Las hojas se acomodan pero ya no se estacionan
durante años en el rostro.
Oreja de plaza,
paraguas insepulto
rueda demoledora...
Hubo que hacerse un lugarcito y esperar.

La conversación lateral crecía y los rostros se
abordaban salvajemente.
Una almohada de cabellos.
Una almohada de caballos.
Oreja por el suelo, rodillas en la tierra,
y todos los rinconcitos reservados para otras miradas.
Hoy me pregunto por qué de todos los lados se vienen
caballos
traídos de los pelos o de los cabellos.
Y el por qué de tantos andenes sin rostro definido
para colgarse de cualquier lado.
Una vez fueron tres
y no hubo palacios sino calles como zancudas,
y cómo se sacudían
en cualquier sector de cabello
o de espejo incontenible.
¿Por qué contener el agua?
¿Por qué la llama acentuaba su relieve para declinar
y caer en un embudo?
Había que enroscar los cables de las miradas
¡Y que pase otro más al frente!
Un frente sin perfil, un filo iluminado para los que
buscan asirse de los bordes.
Ojos vacíos, ventanas vacías y vendaval.
Hay un viejo asunto de cajones
y de muelas del viento.
Un centenar de antenas dopadas
hacen brotar sus frutos por todas partes.
Pero si hay partes no pueden ser todas para asomarse
detrás de una loma,
de debajo del agua,
detrás de una puerta
o simplemente detrás de los párpados.

Sombra inquieta

Mano despierta,
tajo florecido hasta lo demás...
Las afamadas similares adheridas
no comienzan.
Una sonrisa de sandías ata las sábanas,
desgaja las risas,
escupe las semillas del más allá.
Y todo no es todo porque la crema del bienestar
se reproduce en la orilla.
Y las rompientes desdentadas
disimulan pero no disimulan,
porque las mulas zigzaguean una, dos...
Y la rompiente del cuchillo
aparta la mar de puñaladas,
La los la el mí de la tajada del tajo, de la muerte de la
pata de cabra, de la tormenta del diente, de la razón del
mi-porque, ni-se-ta-ta-ta-ta...
Mueca del fin, hamaca del pan,
pan de la urraca,
hurra del mal,
mismis del curro...
Una descansada cara de dado.
Una migaja,
una desplopada,
una derramada.
Sal mi raza raza,
suma, susurro, borde en llamas,
una despierta, una durmiente, una silencio.
La silencio se estrella contra la miga,
la mano que enrolla las sombras,
un ojo simulador, el humo de la frío.
Un dedo...
dos dedos...
tres dedos hacen una hamaca
y cuatro dedos el pan.
La sogá se oculta...
pero la sogá no tiene huesos
para arder.
Y sin embargo no bizquea
la sal.
Mi estalla

y yo ironiza.
La pan de la papisa.
Ni trampa de vizco
ni miga de biscocho.
La lado, la dada.
Un timbre se pega.
El sonido se descalabra
sin ser dicho ni pampa,
ni run,
ni el agua enloquecida del mapa,
derramada sin decir nada.
Por nada,
por la perfil
por la frente,
por la destornillador.
Sin consultar,
sin un árbol de pro ni de más,
sin una tormenta escapada, famosa de pícara,
que escarba, escarmentada,
la torre, la torre...
Párpado roído,
pararayos,
papagayo...
Una palabra,
dos palabras,
sin palabras.
A la deriva...
Los anzuelos...
Sobran vidas
a la deriva.
A la izquierda comienza
lo que tiene,
lo que es,
sin trabas de ninguna especie.
¡Sí! ¡especie!
¿La luz?
¿Por qué la sombra es la luz carbonizada?
Nadie pierde nada.
No se pierde nada con nacer...
No se nace nada con perder.

Posfacio con deudas (selección)

Un buen día me encontré en Buenos Aires con que quería irme a Europa... Evidentemente estaba a un pelo de ser porteño. Pero no fui a Europa, ni creo que me vaya nunca. No señor, ni beca, ni vaca, me quedo aquí. Macedonio Fernández me hizo comprender que las reuniones de argentinos, incluso en Buenos Aires, son largas ruedas de mate, donde uno charla, se ríe y se pone triste... Que esas reuniones son verdaderas fiestas del lenguaje (...). Todo lo que digo puede ser muy nacionalista, pero en realidad soy entrerriano primero, después tucumano y salteño (...). Soy ateo, como Dorotea y Timoteo. Prefiero el *Libro de los Muertos*, egipcio, y el *Gilgamesh*, asirio, llenos de palabras que evocan hombres como mis amigos y amigos, y no el libro de cabecera de los poetas y capitalistas norteamericanos (...). No creo en los géneros literarios. Cada persona tiene su propio discurso permanente, un río perenne y subterráneo que constantemente amenaza desbordarse (...). La prosa es poesía o nada. Entre la escritura que llena toda la página y la que no la llena hay sólo una diferencia de escandido, de tempo, de períodos. Es un poco, pero muy a grandes rasgos la diferencia entre la música sinfónica y la de cámara. En suma, las fuentes de la poesía están en infracción constante con la convención que nos vendieron como realidad. En todo lo gratuito, en el amor, en el lenguaje de los chicos, en las conversaciones sin límite de tiempo (...tómese otro mate!), en las situaciones límite en que los discursos de los otros movilizan enérgicamente el discurso de uno, y viceversa.